28-12 Reflexión 7

Peligros del mundo y en uno mismo

Si algo del alma nueva comienza a brillar en un ser humano, entonces hay una gran alegría. Tal persona, después de todo, ha experimentado algo de una realidad superior, de un gran plan y ahora sabe desde su interior que también para él o para ella hay una poderosa perspectiva espiritual.

Sin embargo, para aquellos seres humanos que han sido tocados de una manera tan especial, la alegría sigue siendo incidental y ciertamente no es estable. Pues tan pronto como una persona (simbolizada por Isabel, Zacarías y Juan), impulsada por el reconocimiento y visión interiores (María y José) anhela que el ser espiritual (Jesús) se desarrolle en su interior, parece como si todo y todos trataran de impedirlo.

Si el alma comienza a despertarse en su interior, tendrá la tendencia natural de compartir su alegría por ello con las personas que le son queridas, su compañero de vida, familiares y amigos. Sin embargo, a menudo parece que ellos no tienen ningún interés en esto y cambian a temas cotidianos tan pronto como les es posible.

Como consecuencia, usted puede experimentar una gran soledad y pena por tanta superficialidad. Nadie parece darse cuenta de lo que, según usted, realmente importa en la vida. Será confrontado con usted mismo y, por lo tanto, se retirará para protegerse:

Isabel no sabía que Herodes pretendía matar a su hijo, y ella y Juan estaban todavía en Belén; pero cuando lo supo, tomó al niño Juan y se apresuró a ir a las colinas. Los guardias asesinos estaban cerca y la presionaban con fuerza; pero ella conocía las cuevas secretas de las colinas, y huyó y se internó en una de ellas y allí se escondió con Juan hasta que los guardias se fueron.

En un cuento de Hans Christian Andersen, el Patito Feo es acosado por los patos jóvenes porque es diferente. Piensa que hay algo malo en él, pero aún no es consciente de que es un cisne en potencia. Pero en cuanto el cisne (que simboliza el alma) alcanza la madurez, se libera y los patos ya no le molestan.

El ser humano debe superar bastantes resistencias en el camino hacia la madurez. Sin embargo, las resistencias en el camino hacia la madurez del alma son aún mayores y, sobre todo, de distinto carácter. Tanto la personalidad como el alma necesitan oposición para fortalecerse. Sin resistencia no hay progreso. No se puede pulir sin fricción, ni volar una cometa sin viento.

En nuestra sociedad hay muchas cosas que dificultan que el Otro en nosotros se despierte, se active y crezca. Cada día nuestra atención es atraída hacia el mundo exterior mediante

un bombardeo de estímulos de la vista, el sonido, el olfato, el gusto y los sentimientos. La voz sutil del alma es fácilmente acallada por esto.

Hay fuerzas que impiden a los seres humanos seguir el camino espiritual gnóstico. ¿Por qué? Porque todo en este mundo tiene la tendencia natural de mantener el equilibrio existente.

Cualquier cosa que ponga en riesgo este equilibrio, será combatida. Es esta base primordial de la existencia la que hace que los seres humanos, las plantas y los animales, se recuperen de enfermedades y lesiones. Este principio es la razón por la que las organizaciones, los sistemas sociales, las culturas, los sistemas solares, etc., pueden seguir existiendo y por lo que cuesta tanto esfuerzo cambiar las situaciones existentes.

Esta fuerza que busca el equilibrio es una fuerza dirigida hacia el interior. Cuando se trata del ser humano individual, llamamos a esta fuerza: egocentrismo. En cuanto un ser humano decide retirarse repentinamente de ese mundo, inevitablemente invocará fuerzas contrarias.

En la narración de la Navidad, estas fuerzas contrarias se refieren al Rey Herodes.

Estos sacerdotes magos podían leer los corazones de los hombres; leyeron la maldad del corazón de Herodes y supieron que había jurado matar al rey recién nacido. Así que contaron el secreto a los padres del niño y les ordenaron que huyeran fuera del alcance del mal. Y los sacerdotes siguieron su camino, sin pasar por Jerusalén. Y José tomó al niño Jesús y a su madre en la noche y huyó a la tierra de Egipto, y moró en la antigua Zoán con Elihú y Salomé.

No hay lugar para el alma nueva en este mundo. No hay lugar en la posada. De hecho, toda clase de poderes de este mundo buscan matar al alma nueva, al joven Jesús. Buscan matar no sólo al alma nueva, sino también a la personalidad que está preparando el camino para esta alma: Juan. Esto es lo que deja claro el relato de la masacre de niños inocentes en El Evangelio de Acuario.

Su cruel tarea estaba terminada; los guardias regresaron y contaron la historia al rey. Dijeron: Sabemos que hemos matado al niño rey, pero a Juan, su precursor, no pudimos encontrarlo. El rey se enfadó con sus guardias porque no lograron matar al niño Juan; los envió encadenados a la torre.

En la historia de la masacre de niños por orden del Rey Herodes, no se mata a un solo niño, sino a muchos.

La "masacre de los niños" quizás haya tenido lugar dentro de nosotros mismos muchas veces, porque incluso la historia de esta matanza indica un proceso espiritual: los poderes emergentes del alma son cortados de raíz mediante la resistencia natural a las fuerzas que nos son ajenas.

Así que, de nuevo, el personaje de Herodes tiene un significado simbólico. Herodes es la fuerza esencial de la resistencia natural en el camino espiritual. Esta resistencia se encuentra tanto dentro como fuera de nosotros y puede darse en muchas formas y situaciones con las que nos encontramos, especialmente en aquellos momentos en los que menos lo esperamos. Pero también es la fuerza contra la que la vida interior puede y debe luchar para poder elevarse a un plano superior. Si la vida interior del alma es lo suficientemente fuerte, entonces superará la resistencia de ese momento y podrá seguir adelante. Así, los impedimentos pueden convertirse en logros en el camino que tenemos que seguir.

Sin embargo, en el camino espiritual, donde la personalidad es el discípulo del alma, la resistencia a la vida interior se ejerce a través de la personalidad. Y ahí radica el gran peligro de la "masacre de los niños".

El yo superior del ser humano despierta en el yo inferior el deseo de recorrer un camino espiritual. Pero el yo inferior, por sí mismo, no siente la menor necesidad de hacerlo porque sabe que entonces tendrá que retroceder a un segundo plano.

En la narración, Herodes incluso invita a los tres sabios a su corte. Quiere que le proporcionen toda la información posible sobre el rey recién nacido para poder combatirlo eficazmente; el ser de la personalidad se considera más excelente que las potencias del alma y hace todo lo posible por mantener su posición. Evidentemente, este plan fracasa; los sabios saben más...

Así que contaron el secreto a los padres del niño y les ordenaron que huyeran fuera del alcance del mal.

José y María, la cabeza y el corazón, son informados de lo que deben hacer desde el interior: proteger al pequeño y huir a Egipto, símbolo del estado de neutralidad y silencio del alma. El alma nunca lucha. A lo sumo, el alma se da a conocer a la personalidad desde el interior mediante sugerencias sobre cómo actuar.

La reacción natural de la personalidad es luchar contra el Jesús y el Juan en su interior.

¿A qué voz va a escuchar…?

En esta delicada etapa inicial sólo hay una manera de escapar de la violencia interior y exterior... emprendiendo la huida, es decir, corriendo a un lugar donde las amenazas sean mucho más reducidas. En la práctica esto significa: protegerse al máximo de las influencias nocivas y abrirse así a los susurros de la otra vida.

José y María huyen a Egipto con su hijo (Egipto es también el símbolo de los Misterios, el campo de fuerza del alma). Junto con Isabel y Juan, han sido instruidos en las escuelas de misterios de Elihú y Salomé. Han vencido las resistencias; Herodes muere. En Zoán el

Hombre interior, así como la personalidad, reciben la visión y la fuerza para seguir dedicándose a su tarea. Este es el gran milagro de los Misterios.